



Construyendo una historia grupal del pensamiento relacional en España: Un relato de nuestra contratransferencia con el Psicoanálisis¹

**Alejandro Ávila-Espada, Manuel Aburto, Carlos Rodríguez Sutil,
Pilar Vivar, Susana Espinosa, Sonsoles García-Valdecasas²**
Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid, España

Este trabajo narra la historia de la relación conceptual, afectiva y social con el psicoanálisis de un grupo de psicoterapeutas españoles, en el tránsito desde los cuestionamientos sociales e ideológicos al psicoanálisis desde finales de los 60' hasta los debates de las dos últimas décadas entre las posiciones psicoanalíticas que defienden la vigencia de la teoría pulsional y del desarrollo freudiana, y su revisión al entender que la subjetividad es producto de la matriz social. Los autores establecen los puntos nucleares de una perspectiva que puede denominarse 'Intersubjetiva', 'Vincular', o más genéricamente 'Relacional'.

Palabras clave: Pensamiento Relacional, España, Historia del Psicoanálisis

This paper narrates the history of the social, affective and conceptual relationship with psychoanalysis of a group of Spanish psychotherapists, from the social and ideological criticism to psychoanalysis in the sixties to more recent debates in the last two decades between psychoanalytical positions that supports the present relevance of Freudian drive and developmental theories, and their revision from the point of view that subjectivity is a product of the social matrix. The authors established the central tenets of a perspective, that can be labelled: 'Intersubjective', 'Binding', or more in general as 'Relational'.

Key Words: Relational Thinking, Spain, History of Psychoanalysis

English Title: Building a group history of Relational Thinking in Spain: a story of our countertransference with psychoanalysis.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Ávila-Espada, A., Aburto, M., Rodríguez-Sutil, C., Vivar, P., Espinosa, S. y García-Valdecasas, S. (2007). Construyendo una historia grupal del pensamiento relacional en España: Un relato de nuestra contratransferencia con el Psicoanálisis. *Clinica e Investigación Relacional*, 1 (1): 128-149.

[http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen11Junio2007/CeIR_V1N1_2007_8A_Avila/tabid/266/Default.aspx]

La realidad no sólo se descubre, sino que en parte se crea mediante las teorías que elaboramos de ella
Stephen A. Mitchell

El vínculo es siempre un vínculo social (...) a través de la relación (...) se repite una historia de vínculos determinados en un tiempo y en un espacio (...) no existen relaciones impersonales ya que el vínculo de dos se establece siempre en función de otros vínculos históricamente condicionados en el sujeto y que, acumulados en él, constituyen lo que llamamos el inconsciente
Enrique Pichon-Rivière (1956-57)

Presentación

Nuestra historia como parte de la generación *senior* de un Psicoanálisis Relacional en lengua castellana discurre durante las últimas cuatro décadas (1968-2007), un recorrido que fragua en el clima derivado del 68 europeo, en el cuestionamiento al pensamiento psicoanalítico tradicional europeo, y desde la crítica social emergente que pretende barrer el clasismo y llevar al mundo del psicoanálisis la confrontación social y el rechazo al estudio de la subjetividad alienada concebida asocial y en su expresión individual.

Jóvenes inquietos, resultamos herederos no designados del espíritu cuestionador y libre de Ferenczi, del ansia transformadora de Rank, del inconformismo social de Fenichel, del cuestionamiento Reichiano al Freudismo, de los pensadores de la Escuela de Frankfurt, el freudo-marxismo, la Psicología concreta de Politzer, y sus emergentes latinoamericanos: Marie Langer, José Bleger, Antonio Caparrós, y su portavoz en España, Nicolás Caparrós. Ellos y nosotros, fuimos fecundados directa o indirectamente con el amplio horizonte que Enrique Pichon Rivière le dio al Psicoanálisis al releerlo como Psicología Social, cuyo pensamiento se diseminó en una larga lista de discípulos suficientemente valiosos cada uno como para no llegar a formar una escuela ordenada (nuestro *William Alanson White Institute* sería la *Escuela de Psicología Social "Pichon Rivière"*, prolífica en hijos y desarrollos, pero suficientemente provocadora como para no institucionalizarse).

Hijos heterodoxos, descarriados, ilegítimos –por no reconocidos- algunos de los más veteranos entre nosotros transitamos de la heterodoxia radical del socialismo utópico redivivo en el 68, a la revuelta antipsiquiátrica y la difícil articulación entre el cambio social y el subjetivo. Leíamos –devorábamos- entre Psico y Socio, con la filosofía dialéctica como regulador. Freud y su modelo pulsional, quedaba, para nosotros, detrás del filtro de la realidad social: había que aprehenderlo, y transformarlo. Una relación con Freud de amor-odio, que permitió integrar conocimiento.

En este punto, desde la lectura socio-pulsional de Marcuse y la antropología psicosocial de Erich Fromm, pasamos a la pragmática de necesidades y presiones de Henry Murray, y de ahí a Harry Stack Sullivan, y su teoría interpersonal, una semilla que caló hondo, y que brotó de forma natural con Enrique Pichon Rivière, Marie Langer, los Baranger

y con una generación de clínicos y teóricos que nos influyó directamente (Emilio Rodrigué, Hernán Kesselman y Eduardo Pavlovsky, principalmente), entre otros muchos, y que en España sólo podía recuperarse desde la obra de Carlos castilla del Pino. Es una línea donde siempre –más o menos claramente- la matriz social fundante de la subjetividad y el contexto social donde la subjetividad tiene que encontrar su acomodo, trazaban ejes para orientar la práctica, la estrategia que se organiza como técnica, y la teoría como síntesis y apertura al nuevo conocimiento.

Un compromiso ideológico, en términos de respeto a las necesidades de los pacientes y de la comunidad, nos permitió ir redefiniendo una posición diferenciada en el ámbito del psicoanálisis y sus derivaciones clínico-sociales, frente al creciente biologicismo. Una posición que aunque siempre consideró el vínculo como objeto, estableció una voz propia en torno a la *Perspectiva Vincular en Psicoanálisis* como referente central para la comprensión e intervención en la subjetividad.

Entendemos que la subjetividad se manifiesta al menos en dos vertientes, la intersubjetiva en torno al vínculo, y la intrasubjetiva, en torno a la relación de objeto. En el pensamiento de Pichon-Rivière, donde el sujeto es activo, creador y transformador de su contexto, ambas vertientes conforman el vínculo, que constituye la manera particular en que se conecta o relaciona con otro, dando lugar a una estructura vincular particular y cambiante, según los sujetos y los contextos. Para Pichon el vínculo incluía al sujeto, al objeto, su interacción, sus modos de comunicación y aprendizaje, un proceso que se configura en forma de espiral dialéctica, donde podemos situar la génesis de la subjetividad. Con Pichon entendemos que lo *intersubjetivo* y lo *intrasubjetivo* son inseparables y están intrínseca y mutuamente determinados. Y una pluralidad de vertientes de manifestación: lo individual, la pareja, la familia, el grupo, la institución, la comunidad. Una opción que definimos en los años ochenta como *Vincular*. Optamos por designarla *perspectiva* ya que otorgarle el estatuto de Modelo teórico netamente diferenciado dentro del Psicoanálisis requería sin duda de mayor evolución y nuevas contribuciones. Pensamos que dentro del Psicoanálisis, comparten lícitamente -aún con diferencias- esta denominación de *Perspectiva Vincular* tanto las aproximaciones relacionales, de los sistemas diádicos, el constructivismo social, la teoría intersubjetiva, como el psicoanálisis de las configuraciones vinculares, y muchos planteamientos de autor que se sitúan teórica, técnica y clínicamente en torno a lo vincular. Lo que es verdaderamente importante no es la atribución patrimonial del modelo a un autor o escuela, sino la solidez conceptual que viene adquiriendo y el impacto que tiene en la transformación del psicoanálisis, además de su especial contribución al desarrollo de la psicoterapia psicoanalítica contemporánea, en sus diferentes variantes.

¿Como nos hemos construido hasta encontrarnos identificados con la perspectiva relacional?

El proceso de construcción, identificación y auto-reconocimiento de un terapeuta en y con la perspectiva relacional ha sido frecuentemente descrito a través del relato subjetivo de la historia personal (e.j Riera, 2001) y así será también abordado en anexos a este trabajo. Lugar común ha sido que tras las dificultades o insuficiencias de otros modelos de la clínica, surge un acercamiento al psicoanálisis como toma de contacto con la propia subjetividad, pero que a partir de un cierto momento se revela como insuficiente y lleva a la confrontación con las vicisitudes de la construcción intersubjetiva del self, confrontando procesos de uso

del objeto para integrar el self, reconocimiento y destrucción que exigen incluir la consideración de la relación analítica en todas sus dimensiones: real, simbólica e imaginaria. Una ruta que hemos seguido muchos de nosotros tras un prolijo recorrido hacia el ansia de conocimiento de lo pulsional, a virar hacia reconocerse en su historia vincular pasada y actual. Recorridos desde lo social a lo subjetivo, y vuelta a lo social, o todas las combinaciones posibles de esta secuencia.

En nuestro caso no ha sido infrecuente tomar primero la perspectiva de interrogación sobre la naturaleza social de lo subjetivo, para llegar después a una comprensión más plural de la subjetividad en todas sus dimensiones. Nos preocupó primero lo social, entender al sujeto desde su contexto, en la expresión ideológica de la subjetividad posible en una sociedad determinada, desde lo macro-social a lo micro-social. Por ello nos pareció más importante intervenir en el grupo, y trabajar los conflictos –sociales o subjetivos- mediante el dispositivo grupal. Nos situamos en una psicología social psicoanalítica con ansias de transformación social y subjetiva. Y los caminos del cambio discurrían así navegando entre el aislamiento narcisista y la alienación social, buscando un sujeto consciente de su naturaleza social y de su capacidad como agente de transformación.

Aprendimos a conducir psicoterapia de grupo casi antes – o al menos a la vez- que la psicoterapia individual; nuestros propios análisis y procesos de cambio psicoterapéutico discurrieron simultáneamente en ambas direcciones, constituyendo así un entorno de aprendizaje grupal, rico y fecundo, también en ocasiones necesitado de diferenciación e integración. El grupo discurría entre el Ideal del Yo que genera auto-construcción y el Yo-Ideal que cierra en falso los procesos de integración social y subjetiva. Caímos en todos los extremos, hicimos del grupo un tótem ideal, pero también crecimos con la potencialidad grupal.

Cuando la lectura grupal requirió un cuestionamiento que articulara genuinamente lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, nos encontramos en la encrucijada de dos direcciones esenciales:

- 1) la que conducía a un **Psicoanálisis de las configuraciones vinculares**, donde la lectura grupal llevaba al desvelamiento de lo pulsional (individual y grupal), [S. Freud, M. Klein, Anzieu, Kaës, Puget, Berenstein, y entre nosotros la segunda etapa de Nicolás Caparrós, con su *Modelo Analítico Vincular*], y
- 2) la que conducía a una **Perspectiva Vincular / Relacional en Psicoanálisis**, donde todo acercamiento a la subjetividad conducía a su naturaleza grupal, a la matriz relacional constituyente, a la expresión del conflicto en la relación. Y ahí nos re-encontramos y reconocimos en nuestras inquietudes en la lectura de Ferenczi, Fairbairn, Sullivan, Pichon-Rivière, el segundo Kohut, Winnicott...

Y nosotros tomamos esta segunda perspectiva como camino propio y en marcha.

Ya desde los comienzos formó parte de nuestro estilo de trabajo abrirnos a cuantos horizontes teóricos nos pudieran interesar, asegurándonos la libertad de búsqueda, escucha, trabajo y pensamiento. Leímos el clásico texto de Thomas Szasz *“Ética del Psicoanálisis. Teoría y Método de la Psicoterapia autónoma”*, en el que se cuestionaban algunos de los pilares de la técnica, tal como había sido formulada en la teoría clásica, como la regla fundamental (de la abstinencia?) o el uso del diván, considerados demasiado coercitivos, y en el que se nos prevenía como terapeutas frente al abuso de poder y se nos animaba a irnos desprendiendo de *“la aplicación del sistema de coordenadas médico-terapéuticas al psicoanálisis”*.

Resultó inolvidable la lectura compartida de *“Historia de un espacio lúdico”* de E. Pavlosky, para algunos historia vivida con el autor en diferentes multiplicaciones: *“no se puede jugar a medias. Si se juega, se juega a fondo. Para jugar hay que apasionarse. Para apasionarse hay que salir del mundo de lo concreto.... Es introducirse en el mundo de la locura. Sin introducirse en la locura no hay creatividad. Sin creatividad uno se burocratiza...repite palabras de Otro”*. El juego psicoanalítico exige permitirse dejar que la “locura” de uno emerja para poder abrir el espacio a la “locura” del otro. Hemos defendido siempre este espacio lúdico, que con Winnicott hemos situado en su dimensión central para la construcción de la subjetividad y para el proceso de cambio.

Nuestra cultura de origen partía, como ya hemos expresado, de que el vínculo social nos forma y constituye desde dentro y desde fuera, siempre en el contexto humano (Pichon Rivière, 1975, Cf. Pampliega, 1980, pág. 550). Vínculo como origen de la diferenciación psicológica, merced a la introyección en el infante de sus tres elementos: el self, el objeto y la relación que se produce entre ellos (vínculos fundantes, de los que los vínculos posteriores son reactualizaciones y modificaciones de esos primeros, como lo es también la transferencia). El vínculo es establecido por la totalidad de la persona y no por el yo, ello o super-yo, sino que es anterior y promotor de toda organización tópica. Siendo el primer vínculo de todos un vínculo simbiótico (Bleger, 1967), en el que la madre y el bebé forman una unidad indiferenciada, antes y poco después del parto, biológico-psicológica. Los vínculos fundantes que se establecen después darán lugar a la formación de los prototipos de la personalidad, entendidos éstos como estructuras semipermanentes, estructuras que abarcan las conductas automatizadas e inconscientes. El grupo interno es la reconstrucción de la trama relacional de la que emerge el sujeto, y permite un ajuste progresivo entre el interior y el exterior, la comunicación y el aprendizaje. Sin embargo, las posteriores investigaciones psicoanalíticas sobre el desarrollo temprano (Stern, 1985, Fonagy, 2001) nos llevaron a cuestionar la *simbiosis* como origen del psiquismo. Margaret Mahler (Mahler y Furer, 1968) fue la primera en postular esta fase, entendiendo el crecimiento como un proceso de separación. Frente a esa idea, nos hemos adherido a la propuesta de un bebé activo desde el primer momento (Stern) programado biológicamente para la búsqueda activa del otro, para el apego social (Fonagy). Esta diferenciación inicial, biológicamente condicionada, es la que prepara el espacio para la terceridad de la que hablaremos luego, un espacio a la vez interno y externo. A estas consideraciones sobre el desarrollo llegamos más tarde, ya en los noventa, y serán mencionadas en lo que sigue.

La lectura de *“La Falta Básica”* de M Balint constituyó la transición al estudio de las psicosis. El autor nos abrió las puertas a una nueva visión de la psicopatología con implicaciones en la técnica fundamentales. A partir de la observación de pacientes gravemente perturbados, Balint infiere que les falta algo que debería haber sido suministrado en la infancia temprana y que conceptúa como “la falta básica”. Su origen se encuentra en la relación diádica madre-bebé, enmarcándose en el ámbito de lo preverbal y estando más próximo a un “hueco” que a un “conflicto”. También recalamos en los *“Estados Psicóticos”* e *“Impasse e Interpretación”*, de H. Rosenfeld. En el segundo texto encontramos algo que nos hizo reflexionar, el autor restaba importancia a la interpretación para concedérsela *“a la actitud general del analista hacia su paciente de comprensión y aceptación”*, así como que el quid para resolver los estancamientos residía en llevar a cabo una revisión exhaustiva de la contratransferencia.

Provocados por lecturas cruciales (Emde,) ya mediados los 90, un texto de los autores alemanes Horst Kächele y Gabriele Frevert³ nos advirtió de los cambios que los

avances en la investigación del desarrollo infantil, el despliegue de la teoría del apego y el enfoque relacional habrían de tener en la teoría y práctica psicoanalíticas. Si bien por entonces se habían publicado ya textos fundamentales en cada uno de estas áreas, tales consecuencias (que los autores calificaban literalmente de “dramáticas”), no han empezado a tomar forma en nuestro entorno profesional hasta los últimos 10 años, a través de nuestra conexión con las líneas de investigación más avanzadas, la vinculación de Alejandro Ávila con SPR y el grupo de investigación de IPA, y también con la valiosa influencia de nuestro contacto directo con Horst Kächele, impulsor europeo de la investigación psicoanalítica.

Conscientes de que la teoría psicoanalítica se viene enfrentando con el reto de asumir los cambios procedentes del desarrollo imparable de la investigación del desarrollo en la infancia temprana, una de nuestras inquietudes comunes desde finales de los noventa hasta la actualidad viene siendo el estudio de las teorías del desarrollo con sus aportaciones desde otras disciplinas como las neurociencias o las teorías cognitivas. Todo ello nos condujo a la revisión y estudio detenido de autores como M. Mahler, los Tyson, o las aportaciones de la Teoría del Apego (J. Bowlby, P. Fonagy), aportaciones que plasmaban una concepción alternativa a la teoría de la libido y a la centralidad de la sexualidad infantil en la ontogénesis de la subjetividad y la estructura psíquica. El texto esencial de Daniel Stern (1985) “El mundo interpersonal del infante”, nos confrontó con el “bebé observado” de la psicología del desarrollo, más allá del “bebé clínico” reconstruido para la teoría psicoanalítica a partir de la psicopatología adulta, y pusimos en cuestión con Stern todo el fundamento del desarrollo por fases de preeminencia libidinal de la teoría clásica. Al instalar la interacción madre-hijo como elemento fundante del self, refutó a Mahler, y promueve así una profunda revisión del basamento teórico del psicoanálisis. Estas lecturas nos han llevado a converger en torno a la idea de que el concepto de pulsión no era suficiente para abarcar todos los tipos de motivación humana y a concebir el desarrollo psicológico como un proceso determinado en todo momento por el interjuego entre el mundo psicológico del niño y el de sus cuidadores.

Los resultados de las investigaciones sobre el desarrollo infantil, nos han permitido concebir un sujeto mucho más participativo e interactivo con su entorno desde sus primeros momentos. Como señala B. Beebe, ha habido tal vez poco diálogo entre los teóricos del psicoanálisis orientados hacia lo relacional y los investigadores del desarrollo que estudian la interacción primera, y de ahí a las valiosas propuestas que ha ido generando el grupo de Boston. Y la línea de pensamiento e investigación abierta por el otrora denostado Bowlby ha arrojado frutos de laboratorio tan brillantes como la “situación extraña” de M. Ainsworth que dió origen a la clasificación de tipos de apego; y la *Entrevista de Apego Adulto* de Mary Main, que ofrece impresionantes correlaciones entre los estilos de apego adulto e infantil: la relación como punto de partida y destino, la transmisión transgeneracional...

Al fondo, los desarrollos de las neurociencias nos aportaron sustento a la idea de un cerebro que corresponde a una mente relacional; un cerebro que incluso en su morfología neural refleja el impacto de la experiencia con el otro, pues está diseñado para ser modelado y modelar, modular y regular; que aprende por sistemas y procesos paralelos y simultáneos, en modalidades explícitas y procedimentales; un cerebro dotado de tan sofisticados mecanismos como las “neuronas espejo”, probable base de la comunicación transmodal (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006).

Cuando el emergente campo relacional contemporáneo empezó a cuestionar abiertamente la relación paciente-analista basada en la conocida metáfora de Freud (1912) del analista como cirujano: “*Nunca insistiré lo suficiente a mis colegas, para que durante el*

tratamiento psicoanalítico tomen como ejemplo al cirujano, que prescinde de sus afectos e incluso de su compasión y dirige sus energías psíquicas a un único objetivo: realizar la operación con la mayor destreza posible (p. 175)” se abrió definitivamente una puerta mediante la que pasamos de la transferencia como eje a la contratransferencia como esencia. P. Heiman, M. Little y otros dieron el giro, e instalaron por derecho los sentimientos del analista como instrumentos de conocimiento y comunicación. Una línea que necesitó del que para nosotros es inspirador esencial del pensamiento relacional: Donald W. Winnicott, observador informal de la relación madre-hijo, auténtico Escher del psicoanálisis, inventor de espacios imposibles entre lo real y lo imaginario. Precursor, tal vez, de ese inasible espacio tercero que mucho después trata de configurar J. Benjamín. Winnicott nos conduce, entre otros, a C. Bolas con su brillante formulación de “lo sabido no pensado”, concepto puente entre el hacer consciente lo inconsciente (dinámico) y las “reglas de vivir y allegarse” tan sugerentes de lo procedimental (Bollas, 1987).

Fue en septiembre de 1996, tras una década de seminarios, que Alejandro Ávila propuso crear un “grupo de trabajo”: GRITA⁴, un grupo de estudio psicoanalítico, orientado hacia la innovación y el desarrollo de la investigación teórica, técnica y clínica en el ámbito de la técnica de la psicoterapia psicoanalítica. Nuestra idea era generar debates, publicaciones, presentar trabajos en congresos, así como seguir funcionando como grupo de supervisión y discusión clínica entre pares: “GRITA fue la culminación de un trayecto en el que habíamos ido conjugando de manera delicada lo íntimo de cada uno con lo intelectual”.

Nuestra primera publicación se tituló “*La subjetividad en la Técnica analítica: escucha en acción*” (1998). En ella se sintetizan las aportaciones de autores trabajados en común los años precedentes (Ferenczi, Balint, Bowlby, Winnicott, Khan, Bollas, Killingmo) que considerábamos habían ampliado nuestros horizontes clínicos y nos habían sido especialmente útiles en nuestra práctica. Se reformulaba el papel de la subjetividad del analista y su uso técnico, y se llevaba a cabo una revisión de los principios de la técnica analítica. Finalmente nos decantábamos por “*un modelo de psicoterapia psicoanalítica diseñado desde la intersubjetividad del vínculo, en el encuentro con lo genuino de cada persona.*”

Los años siguientes seguimos profundizando en estos autores pero muy focalizados en el tema transferencia-contratransferencia, recalamos en otros nuevos como J. Lichtenberg y su teoría de los Sistemas Motivacionales, y nos fuimos introduciendo en el estudio del enfoque intersubjetivo a través de la lectura, entre otros, de trabajos de Donna M. Orange, Georges E. Atwood y Robert D. Stolorow. Estos autores planteaban lo que nos pareció una nueva comprensión de los fenómenos clínicos, aportando una mayor flexibilidad técnica respecto de las teorías clásicas, mediante una valoración contextual del significado intersubjetivo de la experiencia analítica. Ya habíamos entrado en contacto con ellos en Barcelona, a través de las actividades convocadas por Ramón Riera y su *Seminario de Psicoanálisis Relacional*. Un contacto que luego continuó fructíferamente con la venida de a España de Robert D. Stolorow y Gianni Nebbiosi, que junto con Ramón Riera, Rosa Velasco y Francesc Sainz, entre otros, asistieron las Jornadas que organizamos en Almagro (Ciudad Real) en Noviembre 2002, y que desde entonces ha continuado en numerosos encuentros y debates en el marco de IARPP⁵ y en los que han participado diversos miembros de GRITA.

El trabajo acumulado de esos años dio su fruto en nuestra segunda publicación, “*Reflexiones sobre la potencialidad transformadora de un Psicoanálisis Relacional*”. (2002), elaborada para las Jornadas de Almagro, en la que se recogía lo que venía siendo una

percepción común: que trabajábamos desde una manera de pensar y hacer que marcaba diferencias sustanciales con las propuestas teóricas y técnicas del psicoanálisis freudiano, a la par que reconocíamos la cercanía de nuestras posiciones respecto de una línea de pensamiento y práctica, convergente con la idea de un psicoanálisis relacional, intersubjetivo o vincular.

Las nuevas tecnologías se habían ido haciendo hueco entre nosotros, permitiéndonos nuevas modalidades de comunicación que fueron claves para ampliar nuestros debates y el trabajo conjunto. Nuestra tercera publicación, *“Escenas que conmueven. Los “pivotes” del cambio”*. (2004) se fue gestando “on-line”, como prolongación y complemento del trabajo anterior. En este texto se plasman escenas vividas por algunos de nosotros con nuestros pacientes, y que habíamos percibido como decisivas en el proceso terapéutico posterior, así como las reflexiones y comentarios de todo el grupo.

En el año 2003 una lectura detenida y debatida de *“Conceptos relacionales en psicoanálisis, una integración”* de S.A. Mitchell, facilitó el encuentro con el psicoanálisis relacional norteamericano contemporáneo, y constituyó un auténtico revulsivo grupal que consolidó a *GRITA como un espacio de libertad para compartir y pensar a partir del trabajo clínico frente al aislamiento de la consulta....*” La lectura de la rica obra de S. Mitchell nos abrió el campo de pensamiento a las lecturas de un amplio abanico de autores: I. Hoffman, Donnel Stern, E. Ghent, L. Aron, S. Pizer, T. Odgen, R.D. Stolorow, G. Atwood y D. Orange, K. Lyons-Ruth, B. Beebe, P. Fonagy, K. Maroda, y muchos otros.

Después nos adentramos en los textos de Jessica Benjamín (1988), la psicoanalista neoyorquina, que partiendo de una visión intersubjetivista e integradora, criticaba algunos de los presupuestos de la teoría relacional. *“...el idealismo que aflige a las teorías relacionales, la tendencia a desechar junto con las pulsiones, el lugar psíquico fundamental de la agresión. Yo sospecho que necesitamos esta aceptación fundamental para tolerar y trabajar con la agresión en la situación clínica, y que sino estamos tentadas de verla como defensiva, mala o inauténtica”*, lo que también nos permitió reflexionar sobre el tema del género en la teoría psicoanalítica.

En el 2005 publicamos nuestro cuarto trabajo, *“Procesos de Mutualidad y reconocimiento. Un nuevo contexto para la reconsideración de la transferencia”*, en el que se reflexionaba acerca de conceptos como mutualidad, reconocimiento y terceridad, descritos por Lewis Aron y Jessica Benjamín y se afirmaba que el *“enfoque intersubjetivo en psicoanálisis supone un planteamiento completo de la teoría y la técnica clásica. El paso de la perspectiva cartesiana -la “mente endógena monádica”- a la visión externalista, relacional del ser humano, que implica la reconsideración de conceptos como transferencia y contratransferencia y sus sustitución por otros que tengan en cuenta la continuidad dialéctica de las relaciones interpersonales”*.

En este mismo año contribuimos con un glosario sobre la terceridad y el cambio según el psicoanálisis relacional () que recoge nuestra elaboración de estos conceptos, y que sintetiza nuestro posicionamiento conceptual, que abarca desde el vínculo, terceridad y sus variantes, cesión, enactment, mutualidad.

2005 ha sido un año clave en nuestra historia al menos por tres motivos: en primer lugar nos incorporamos casi todos a la *International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy* (IARPP) (de la que algunos ya eran miembros veteranos: Alejandro Ávila, José Manuel Pinto, Pilar Vivar), una vía para poder debatir nuestras inquietudes teóricas a nivel internacional, y de cuyo desarrollo surgirá IARPP-

España; un segundo aspecto es la organización por Alejandro Ávila del primer programa de Formación Intensiva en Madrid sobre “Psicoterapia Psicoanalítica Relacional”, al que los miembros del grupo nos incorporamos como docentes; por último la inauguración en Madrid del centro clínico *Ágora Relacional*, y la posterior creación del **Instituto de Psicoterapia Relacional**, aportando con este último una institución para convocar a los clínicos y formadores de pensamiento relacional en España.

GRITA está marcado desde su origen por la inquietud por aprender e intercambiar de y con otros. Sus miembros, desde su fundador, Alejandro Ávila, a cada uno de nosotros, hemos venido integrando formación y experiencia clínica y psicoanalítica plural, constantemente abierta, en un acervo común enriquecido por una larga lista de Maestros que han transitado en diferentes espacios. Esta lista –aquí incompleta sin remedio- la inauguró Nicolás Caparrós, seguida de la rica pléyade argentina que compartió su existencia con nosotros desde mediados de los años setenta trayéndonos las ideas de Pichon Rivière y sus desarrollos: Hernán Kesselman, Eduardo Pavlovsky, Emilio Rodríguez, Norma Ferro, Armando Bauleo, Angel Fiasché, Mauricio Goldemberg, Salomón Resnik... Una saga que se fue trenzando durante décadas con otras influencias europeas: Joe Berke, René Kaës, Horst Kächele, por citar sólo algunos de ellos, y que GRITA ha continuado con aportaciones tanto “relacionales” (Robert D. Stolorow, Gianni Nebbiosi, Ramón Riera, Margaret Crastopol, Rosa Velasco, Roberto Arendar) como “pulsionales” (David Maldavsky).

Pero más allá de debates intelectuales hay un sentir común que nos ha llevado a concebir GRITA como un espacio de estímulo y encuentro con nuevas ideas en el que poder discutir y reflexionar sobre temas teóricos, técnicos, casos, etc, y también como un lugar donde contenernos y acompañarnos en la dificultad de la clínica cotidiana, donde disfrutar, preservándonos del aislamiento del trabajo como psicoterapeutas y concediéndonos una oportunidad para la creación conjunta cuando esta sea posible. Un “caldero” donde se fragua una historia en la que se mezclan dos generaciones y oleadas de clínicos con afán de pensadores: la de los principios de los setenta (Alejandro Ávila) y la de los ochenta (Manuel Aburto, Pilar Vivar, Carlos Rodríguez Sutil, José Manuel Pinto, Susana Espinosa, Sonsoles García-Valdecasas, entre otros).

A modo de conclusión, y resumiendo los factores que nos han influido en la adopción de la perspectiva relacional, están

- el cuestionamiento de premisas fundamentales de las teorías psicoanalíticas clásicas del desarrollo a la luz de los descubrimientos de la investigación empírica y de las inferencias que estos permiten
- el desarrollo y aplicación de la teoría del apego en la comprensión del proceso terapéutico.
- la nueva comprensión que sobre los procesos psíquicos aportan las neurociencias contemporáneas
- el imposible mantenimiento de una situación clínica concebida sólo en base a una dinámica lineal transferencia-contratransferencia, objeto-sujeto.
- A partir del reconocimiento de la subjetividad del analista como elemento configurador de la escena, la convicción de que lo que sucede en la sesión es co-creado, y que la personalidad del terapeuta es un factor que interviene inevitablemente en la terapia.
- La relación terapéutica como encuentro que, dentro de un encuadre que incluye la

asimetría, permite que se desplieguen “modos de estar con” y “modelos de trabajo interno”, con la potencialidad que porta el Enactment y todo lo que ha sido resumido como ‘El “algo más” que la interpretación, *sloppiness* y co-creatividad. Una configuración de la relación como vincular, de tercero en el uno, de cesión y mutualidad de regulación y de reconocimiento.

Conceptos que nos han resultado fundamentales para comprender la clínica han sido los de “terceridad” y “mutualidad”, a partir de la lectura de Jessica Benjamín (2004) y de Lewis Aron (1996). La terceridad es una dimensión relacional; es una cualidad de la relación intersubjetiva que permite el reconocimiento mutuo y que tiene como correlato un espacio mental interno. La creación de la terceridad es un proceso intersubjetivo basado en experiencias primarias, pre-simbólicas, de acomodación y mutualidad y en la intención de reconocer y ser reconocido por el otro. Dentro de la terceridad hay que diferenciar varias modalidades, ahora vamos a atender al “uno en el tercero” y al “tercero en el uno” El uno en el tercero es la capacidad de unirse, empatizar o identificarse con el paciente o la madre con el bebé. Es el paso previo (la madre suficientemente buena) a todo desarrollo humano. Mientras que el tercero en el uno es la capacidad de la madre o del analista de mantener la tensión entre las propias necesidades y las del paciente o niño. Consiste en estar conectado, identificado con el paciente y conservar una función de observación de nosotros mismos en esa situación.

La palabra “mutualidad” sugiere lo que hay de común en una determinada interacción: cariño mutuo, odio mutuo, mutua comprensión, etc. Por el contrario, la falta de mutualidad indica una dimensión no compartida, una diferenciación en la interrelación. Según Aron (1996), el concepto de mutualidad “no incluye simetría o igualdad”. La psicoterapia siempre será un proceso de influencia mutua y también, inevitablemente asimétrica, por la diferenciación de roles derivada de la especial responsabilidad y autoridad del terapeuta. Dos variedades de mutualidad han centrado nuestra aceptación: La “mutualidad de regulación”, evidenciada en las investigaciones recientes sobre el vínculo temprano madre-bebé, de gran aplicabilidad a la situación terapéutica. Y la “mutualidad de reconocimiento”, un fenómeno decisivo para la clínica que puede estar ausente durante grandes periodos de tiempo y que constituye un ideal terapéutico bajo el enfoque intersubjetivo: la actividad de ambos participantes, paciente y terapeuta, a partir de la cual emerge una reciprocidad en el reconocimiento de la subjetividad del uno al otro.

Nuestra posición en Psicoanálisis concibe lo Relacional como una perspectiva desde la que considerar el complejo fenómeno humano. Es la opción de mirar al ser humano desde la relación, la matriz relacional donde se construye como sujeto, y a través de su despliegue en tramas relacionales, hechos persona entre su temperamento y personalidad, comprensible en su historia de vínculos. Vínculo, Intra-Intersubjetividad, Relación, las facetas que definen la naturaleza social de la subjetividad y entorno de su esencia-existencia, directrices de la mirada que nombramos como perspectiva relacional o vincular en Psicoanálisis y Psicoterapia.

A este recorrido grupal le siguen algunos relatos de experiencia personal, que completan esta visión de nuestra contratransferencia con el Psicoanálisis, narrados en primera persona, y a los que se unirán otros en el futuro.

Mi desarrollo teórico y práctico hacia el Psicoanálisis Relacional.
Carlos Rodríguez Sutil

Recién terminada mi licenciatura en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense, de Madrid, a finales de los años setenta del pasado siglo, mis preferencias se decantaban decididamente hacia el psicoanálisis. Los estudiantes con esta tendencia, tan minoritarios quizá entonces como ahora, habíamos tenido que superar una formación general en psicología favorecedora de los enfoques positivistas, lo que en la clínica se concretaba por el predominio del conductismo (Skinner, Wolpe), en menor medida por la teoría del aprendizaje social (Bandura), y los primeros atisbos del cognitivismo (Meichenbaum, Beck). Aunque sentía cierta simpatía hacia Bandura y el cognitivismo, en la medida en que podían representar un tímido cuestionamiento del positivismo extremo, sus explicaciones me seguían pareciendo insuficientes para dar cuenta de la complejidad del comportamiento humano y, sobre todo, para enfrentarme con el paciente cara a cara. Tal vez lo que explicaban lo explicaban bien, pero eso era descorazonadoramente escaso. Necesitaba un corpus más amplio y complejo, aunque no cumpliera con los criterios oficiales de cientificidad. Aún antes de mi llegada a la universidad, yo me había aficionado a la lectura de Freud - se puede decir que junto con Nietzsche fueron mis aficiones intelectuales de adolescencia - y durante mis estudios completé la lectura desordenada y autodidacta de casi toda su obra, en la bella traducción de Luis López Ballesteros. Aunque después he sabido de sus inexactitudes, una vez conocidas e identificadas, no he cambiado por la traducción argentina, aunque merece mis respetos, sino que la he completado con la lectura de algunos textos en su original alemán y con la traducción inglesa de Strachey, también en muchos puntos cuestionable.

Se puede afirmar que con 23 años yo era un freudiano ortodoxo, creía en la libido, en la pulsión y en la explicación sexual de las neurosis. En el inconsciente no he dejado de "creer" aunque mi concepción difiera mucho de la de entonces. También pensaba que la relación con el paciente debía guiarse por el estricto principio de neutralidad, con la interpretación como instrumento privilegiado. El segundo lugar en mis lecturas psicoanalíticas lo ocupaba Erich Fromm, muy popular entre la juventud por aquellos años, con dos de sus libros cuya lectura era un rito casi de obligado cumplimiento: *El Arte de Amar* y *El Miedo a la Libertad*. Si bien Fromm era crítico con aspectos centrales del pensamiento ortodoxo, estas obras tenían interés como documento cultural, sociológico, y no aportaban nada sustancial a la clínica. Por poner un ejemplo algo posterior en mi formación, yo sentía que me ayudaba más la lectura de *Inhibición Síntoma y Angustia*, de Freud, que no la *Anatomía de la Destructividad Humana*, de Fromm, por muy interesante que fuera. Por otra parte, tanto Teodor Adorno como Herbert Marcuse, antiguos compañeros de Fromm, criticaban a éste y su psicoanálisis culturalista. Yo entonces también era marxista convencido, como muchos otros estudiantes universitarios durante el fin del franquismo y el comienzo de la democracia en España. Uno de los temas que más me atraían era la conciliación de ambas teorías en un posible freudomarxismo, por lo que me sentí atraído por los textos del citado Marcuse (*Eros y Civilización*), por el Wilhelm Reich de sus obras más revolucionaras, que luego me resultó en exceso simplista, y por los magníficos trabajos de un gran intelectual español, el psiquiatra Carlos Castilla del Pino, a cuya lectura regreso con frecuencia. A los colegas que siguen la perspectiva relacional en nuestro país les recomiendo la provechosa lectura del libro de este último *Dialéctica de la Persona. Dialéctica de la Situación* cuya primera edición es del año 68 aunque yo lo leí por primera vez unos diez años después.

Una cuestión que me ha surgido a veces es la de por qué no intenté formarme como psicoanalista puro. Como en casi todo, existen diversas razones. En primer lugar, aunque yo me identificaba con el freudismo, me decepcionaba en parte la actitud pasiva de la institución psicoanalítica ante la política universitaria; mi opinión, seguramente errónea, era la de que el psicoanálisis podía y debía enfrentarse con valentía a los argumentos devaluativos y el menosprecio del que estaba siendo objeto en la formación académica. Por otra parte, lo poco que yo conocía de la sociedad psicoanalítica me la hacía parecer como una institución fuertemente piramidal y bastante cerrada, al modo de las logias y sociedades secretas. No me parecía correcto que hubiera que esperar a los cuarenta años - eso creía yo entonces - para poder considerarse un profesional formado y reconocido. La gran inversión económica que se necesitaba constituía también una rémora. He de reconocer que, en cierta medida, igualmente me afectaba la crítica de los colegas "conductistas-cognitivos" hacia las psicoterapias "eternas" o que duran décadas. Sigo creyendo que una terapia no debe durar indefinidamente, pero ahora admito que 5-6 años no tiene por qué considerarse una duración desproporcionada en la mayoría de los casos, en otros la duración será más breve y, aún en otros, no tendrá un final preciso.

Pero la razón más importante de mi no incorporación al psicoanálisis oficial fue el conocimiento del Profesor Alejandro Ávila Espada en el último año de carrera. A través de él conocí a Nicolás Caparrós Sánchez, psiquiatra, antipsiquiatra y psicoanalista crítico, y ambos constituyeron los estímulos esenciales en mi formación como psicoterapeuta durante los primeros años ochenta. Con Caparrós realicé mi análisis personal y participé en varios grupos terapéuticos e intensivos de fin de semana. Supongo que algún estudio se habrá hecho al respecto, pero estoy seguro de que el tipo de análisis que uno ha recibido como paciente influye de manera determinante las posiciones que luego adoptará como terapeuta. También contacté con otros clínicos maravillosos, procedentes en su mayoría de Argentina o que habían desarrollado allí gran parte de su labor. Voy a citar a algunos a riesgo de ser descortés con otros, pero fue una experiencia personal insustituible conocer a los tres siguientes: Antonio Caparrós García-Moreno, Hernán Kesselman y Emilio Rodríguez. A través de todos ellos conocí la obra de Enrique Pichon-Rivière y de José Bleger, discípulo del primero. Pichon-Rivière, quien fue más influyente por sus enseñanzas que por sus escritos, había alcanzado en los años cuarenta y cincuenta la conclusión de que la psicología como estudio del psiquismo individual no existía más que como constructo artificial y artificioso, que no hay individuo aislado de su entorno humano o, dicho con otras palabras, que toda psicología es psicología social. Me sorprendió el título (y el contenido) de un libro de José Bleger, *Psicología de la Conducta*, que, con toda evidencia, no concordaba con el conductismo habitual sino que era una propuesta de psicología general, desde las aportaciones del psicoanálisis kleiniano, Pichon, y la sociología de inspiración marxista. Este desarrollo del psicoanálisis crítico, tenía su concepto central no en la pulsión, ni en la fantasía o el deseo inconsciente, sino en el vínculo, realidad interna y externa, que suponía la interiorización del self y del objeto en relación mutua. Las semejanzas con los enfoques relacionales e intersubjetivos de los años ochenta y noventa, sobre todo en Estados Unidos, son evidentes. Sin embargo la psicología vincular fue languideciendo. En Argentina había ocupado un lugar secundario frente a la corriente kleiniana, luego, según nuestras noticias, ambas fueron casi barridas por el psicoanálisis lacaniano. En España muchos de sus seguidores parecieron orientarse hacia diversas corrientes psicoanalíticas más o menos ortodoxas.

En el año 84 comencé a trabajar en el ámbito de la salud pública. La experiencia clínica a gran escala que este ámbito me reportó sirvió también para mantenerme alejado de las posiciones psicoanalíticas más neutrales u ortodoxas. El trabajo en consultas públicas,

desde luego, se ajusta mal con un respeto riguroso del encuadre. No elaboré sin embargo esta experiencia en trabajos sobre técnica, sino que en el período de 1985 a 1995 me ocupé especialmente de la clasificación de los prototipos de la personalidad, el psicodiagnóstico con el test de Rorschach y otras técnicas y la filosofía de la psicología a partir de Wittgenstein. Fue al final de ese período, y otra vez gracias a Alejandro Ávila, cuando comencé a conocer las aportaciones de Kohut, Stephen Mitchell, Stolorow y colaboradores, Jessica Benjamin, Lewis Aron, Margaret Crastnopol y tantos otros. No me costó descubrir en ellos la continuación de lo que había encontrado previamente en la psicología vincular de Pichon-Rivière y sus seguidores, es decir, un enfoque del psicoanálisis no centrado en la teoría pulsional ni, sobre todo, en la mente individual aislada, sino en una concepción social de la persona. Estos autores han ido un paso más allá, a la hora de conceptualizar los aspectos técnicos del enfoque relacional y representan una corriente viva y, a mi entender, en expansión. Desde entonces son varios los textos que he publicado, solo o en colaboración con el colectivo GRITA, sobre las implicaciones de este enfoque para la psicopatología y la técnica psicoanalítica.

El camino hasta la perspectiva relacional.
Susana Espinosa Gonzalbo

Yo soy médico y la formación como tal y su ejercicio profesional han marcado mi forma de pensar. La medicina, como ya se sabe es un campo en el que predomina el conocimiento objetivo.

Antes de comenzar mi formación como psicoterapeuta, leí casi todos los libros de E. Fromm, “El proceso de convertirse en persona” de C. Rogers y “Comunicación” de J. Ruesh y G. Bateson. Durante la formación como psicoterapeuta aprendí el modelo de Freud y sus seguidores y el modelo Vincular, pero tal y como yo lo entendía, el modelo vincular añadía al freudiano el hecho de que los vínculos primeros con los padres, esencialmente, configuraban una estructura psíquica que podía ser de toda la gama que ya sabemos. Lo que no acababa de entender respecto a la teoría era el papel que tenían las relaciones actuales para sentirse mejor, peor o enriquecerle a uno. Estoy segura de que mi ingenuidad e ignorancia influyeron en mi entendimiento por aquel entonces. El tratamiento parecía consistir en desarrollar la neurosis de transferencia y/o la psicosis de la misma, según el caso. Por otra parte, entendiendo eso, cuando inicié mi terapia personal buscaba una ayuda más clara, es decir, más parecida al modelo médico, en el cual los pacientes esperan que se les ofrezcan medicinas y/ o instrucciones para mejorar su calidad de vida (Dietas, ejercicios). No van a “repetir” solamente, es decir, que faltaba algo en la psicoterapia psicoanalítica.

Tuve problemas para entender los fenómenos transferencia y contratransferencia en el sentido de que el paciente – dicho en forma un tanto simple -fuera proyectando todo y nunca me convenció la idea de que el psicoanalista fuera neutro ni un espejo tal cual.

A menudo desconfiaba de algunos conceptos psicoanalíticos y leía libros de otras orientaciones porque lo más importante para mí era saber, cuanto más mejor, para ayudar a las personas y a mí misma en muchas ocasiones.

En medio de este proceso leí un libro de G. Bateson sobre la intervención familiar en el tratamiento de pacientes esquizofrénicos donde aparecían los conceptos de sistemas de comunicación y me llamó muchísimo la atención que en esta escuela el foco esencial fuera el fenómeno de la comunicación entre las personas, sus dinámicas y efectos entre los individuos, los mensajes paradójicos, la mutualidad y pseudo-mutualidad, etc. en lugar de

centrarse en la estructura del individuo aislado.

También recibía conocimientos en los cursos y hablando con compañeros, algo por aquí, algo por allá y de la teoría “oficial” llegaron aportaciones fundamentales y, en parte, algo confusas, como los textos de D.W. Winnicott y de otros autores que estudiamos.

Me sorprendió mucho también el cambio de actitud de algunos pacientes cuando ocasionalmente acudieron a la consulta con un familiar porque empezaban a discutir y a veces, a chillarse, y tenía que moderar la reunión; vamos que el paciente educado y con buena disposición al diálogo terapéutico se volvía como otra persona. Yo, obviamente presenciaba y escuchaba la forma de hablar y los contenidos y pensaba: “No saben comunicarse/ relacionarse bien.”

Encontré “La teoría de la comunicación humana” de P. Watzlawick, me impresionó mucho y lo leí y releí muchas veces intentando integrar su contenido con los conocimientos psicoanalíticos. Y me resultó muy útil.

Decantarme parcialmente por la teoría de sistemas y cognitiva me produjo cierto malestar porque me salía del entorno de referencia, pero yo seguí a mi aire.

De hecho, para mis adentros, pensaba en los pacientes haciendo una mezcla de términos psicoanalíticos y sistémicos que era muy personal y luego me costaba traducir todo al lenguaje dinámico propiamente dicho.

Y en el grupo GRITA, fue donde empezamos a leer autores relacionales propiamente dichos, cosa que me alegró mucho y pensé: “Si tenía yo razón” y vinieron a hacer un muy importante efecto de confirmación sobre mi identidad como terapeuta.

Como en GRITA hay compañeros que seguimos por esa nueva perspectiva, ellos dirán más sobre el camino que hemos seguido juntos.

De lo intrapsíquico, pasando por lo intersubjetivo, a lo relacional.

Pilar Vivar de Andrés

El siglo pasado, cuando termine mi estudios de psicología a finales de la década de los 70, eran unos tiempos en que el psicoanálisis sufría de gran descrédito en la universidad Madrileña, se daba más importancia a todo aquello que estuviera relacionado con los estímulos y el estudio del comportamiento desde una perspectiva de Skinner junto con lo concerniente a la modificación de conducta y el trabajo con lo manifiesto, e imitando un modelo médico.

Sin embargo a principios de la década de los 80, cuando empecé a interesarme por encontrar trabajo en los servicios públicos, me di cuenta de que algunos estaban conducidos por profesionales psiquiatras que se denominaban psicoanalistas, pero que oficialmente se definían como dinámicos. Había una disociación entre la formación académica oficial y la dinámica de la intervención clínica. Supe que si quería ponerme al día debería empezar por enterarme de qué iba eso de la teoría del conflicto, ser freudiano o kleiniano y el psicoanálisis.

Durante el proceso de estudio no distinguía muy bien, hoy, con la distancia, puedo decir que el principio de mi formación, fuera del orden académico, fue substancialmente kleiniana y mi practica inicial se centraba en el interjuego de fuerzas pulsionales o instintivas de carácter innato. Personalmente, me resultaba muy chocante por mi formación conductual y cognitiva de origen, el discurso kleiniano desde el que se hablaba de la omnipotencia del bebé, cargado de intenciones ya que, para el adulto empático, el recién nacido es un ser indefenso, pero yo seguía en mi empeño de ser psicoanalista y desde ahí trataba de imitar, creer, y pensar que yo todavía no había descubiertos las profundidades

de este nuevo conocimiento. La lectura de Paula Heimann me ayudaba.

Hubo un periodo que pensé que los ataques que se hacían al psicoanálisis se debían a las resistencias, a la incapacidad para el insight y a vivir lo manifiesto y obviar lo latente y no entender de procesos transferenciales. Mas tarde, he comprobado que no sólo era eso, sino que también nosotros los psicoanalistas hemos especulado demasiado con nuestras teorías.

Cuando comencé a explorar las tendencias psicoanalíticas, ante mi desconocimiento en el tema, estudiaba autores sin distinguir mucho, su línea, ni sus diferencias teóricas, ni perspectivas de trabajo. Más tarde entendí que la Escuela Inglesa postkleiniana ponía el acento en el ambiente y en un enfoque interpersonal.

Aprendí a valorar a Winnicott, cuando comencé mi formación en Infantil. Su espacio transicional, lugar donde se encuentran los objetos y los fenómenos transicionales, y entendí que el bebé, sin la relación con la madre o el cuidador primario significativo, el fenómeno transicional, daría paso a *un espacio vacío* que podría irse llenando de patología, o si no, el bebe perecería cuando la madre real no existiera o desapareciera. Winnicott no creía en la pulsión de muerte. Si opinaba sobre lo constitucional. *Creía en la experiencia de la relación*, se le acusó de ambientalista. Cuando lo leía me parecía obvio.

En el inicio de mi formación, aunque Freud me había ayudado a entender la teoría del conflicto, paralelamente me resonaba vitalmente la formación que seguía con profesores que habían sido alumnos de la *Escuela de Psicología Social de Pichon Rivière*, y me aproximé a la comprensión de la dialéctica del binomio salud-enfermedad desde otra perspectiva menos patógena que la que me ofrecía el psicoanálisis tradicional. A partir de ahí, no volví a entender al paciente como sujeto aislado sino como emergente de un grupo familiar dentro de un contexto

A principio de los 80 descubrí, me interesó y conocí en Madrid a Marie Langer una de las fundadoras del psicoanálisis argentino, que a pesar de su adhesión kleiniana, nos presentó un psicoanálisis que pienso se encuentra hoy con el actual.

Se anticipó como otros autores psicoanalíticos al *pensamiento intersubjetivo*, siendo una de las primeras en intentar desplazar teóricamente a la madre como objeto y reconocerla como sujeto histórico social. Se anticipo igualmente apreciando el valor que tiene *la calidad de la interacción* de la relación materno filial cuando decía *“Una madre amargada y encerrada en su hogar e irritada con los niños, su casi única compañía y objeto de dominio, suele dar menos que otra que vive llena de estímulos del afuera y les dedica sólo un tiempo limitado, pero bien dedicado. El psicoanálisis hasta ese momento no había dado un lugar preferencial a la interacción de la diada”*.

Con mi analista de orientación kleiniana hacía esfuerzos por cohesionarme y llevar los cambios que descubría a mi vida profesional, a mis relaciones interpersonales y sobre todo al marco de las relaciones afectivas íntimas. Echaba el resto por tratar de acceder a mis dinámicas profundas, a la búsqueda de fuerzas e impulsos infantiles, a la búsqueda de mis síntomas como derivados de mis conflictos pulsionales, pero en esta experiencia, se dejaba todo lo que tenía que ver con asuntos del afuera y del genero,

En mi análisis también quedó fuera *lo de fuera*, los grandes cambios sociales que estábamos viviendo en un contexto que transitaba en un intento de salir de una dictadura hacia una democracia, cambios que nos desembocaban en crisis de valores establecidos y el resurgir de nuevos estereotipos e ideales que conllevan transformaciones, tanto del mundo interno y como en el mundo externo escenario social donde los vínculos cambiaban. Había que habituarse y conciliar vivir como sujetos, olvidar e incorporar ideales, a regular mandatos internos que nos organizaban. Como mujer, desde el modelo único surgían diversas alternativas cuando en el currículum procedimental, (las vivencias y experiencias

anteriores) expresaban lo contrario. Salir de lo privado a lo público, de lo doméstico a lo profesional, disociar sexualidad de reproducción, poder vivir, entre otras cosas, la igualdad con el otro género. Mi self profesional/personal se cohesionaba y se fraccionaba. Entendí la teoría del caos. Todo esto me llevo a buscar marcos teóricos más complejos.

Como cada grupo o familia teórica tiene una manera particular de interpretar las vicisitudes de la práctica psicoterapéutica, lo que sucedía en ese espacio de encuentro analítico que vivía, existía una falta de correspondencia entre lo que dicen ciertas teorías y la experiencia de haber vivido que las observaciones clínicas que se transmitían no concordaban con las preconcepciones teóricas del grupo de pertenencia. Hoy lo agradezco y con la perspectiva del tiempo, puedo reconocer y agradecer que algunas interpretaciones e intervenciones estuvieran dentro de la teoría de lo que más tarde se llamo del déficit.

Muy a menudo mi self profesional necesitaba integrar tanta dispersión. Me empezó a interesar la teoría del déficit y desde ahí el lugar a ocupar en el encuentro, desde esa perspectiva intersubjetiva sobre todo trabajando en la clínica infantojuvenil y con familias. Se me hacia más nítido que era el afecto el principal organizador de la vida relacional. Que la relación Parento-filial era un binomio indisoluble. Me formé paralelamente por corrientes sistémicas. Leía autores que pasaban desapercibidos en mi contexto de formación en ese momento y que ahora son actuales cobrando mucha fuerza, como Ronald Fairbairn, quien descubría que para él la libido no buscaba la descarga sino al objeto, y que se diferenciaba de Klein en ocuparse de la experiencia relacional del niño en cada estadio, la teoría pulsional clásica se me debilitaba. Más tarde así lo pensaron Spitz y Bowlby cuando un bebe perdía a la persona que le había cuidado y no era adecuadamente sustituida

Todo esto me generaba inquietud y me hacia explorar y activar mi interés por lo que hoy denominamos, el psicoanálisis contemporáneo, donde el interés y el foco ya no se encuentra en lo edípico, se descentra esta categoría y la estructuración del psiquismo se formula desde los primeros contactos de la díada madre hijo en el desarrollo psíquico generando una nueva construcción teórica del desarrollo individual produciendo un pasaje *de lo edípico a lo preedípico*.

A mediados de los 80, el grueso de mi trabajo, de mis intervenciones clínicas, eran dentro un programa dirigido a población de alto riesgo en la ciudad de Madrid, mas tarde en un centro de atención a drogodependientes. Esto, me ayudo mucho a entender la perspectiva biosicosocial. No sé, ni cuando ni cómo, ni de qué manera, empecé a ir abandonando como única visión la del síntoma como derivado de un conflicto pulsional. En los años que estuve trabajando con programas sociales, observé y tuve en cuenta lo que leía que cuando tempranamente repetidas experiencias de mala sintonía por parte del entorno, se adquiría por parte del paciente la convicción inconsciente de que sus distintos deseos evolutivos insatisfechos con sus consecuencias estados emocionales eran manifestaciones de un odioso defecto propio o de una inherente maldad interna. Me posicionaba desde una concepción donde se pregunta cómo los intereses, los afectos, los sentimientos se gestionan, cómo se procesan las experiencias. Recibía una herramienta útil para mi práctica Desde ese marco no tradicional, el énfasis recaía más en como el paciente niño integra (reconoce, formula) sus afectos y la vivencia que tiene de sí mismo.

Junto con los pacientes aprendí que los afectos que son reconocidos, aceptados y por tanto validados por el entorno, pasaban a ser integrados y vividos como parte integrante del sentimiento de sí. Que el paciente integra, es decir, reconoce y formula sus afectos en la vivencia que tiene de sí mismo A la vez que no se me olvida que los estados afectivos que no reciban una validación empática pueden poner en peligro la relación con el entorno y por tanto pueden ser escindidos y quedarán fuera de la experiencia que uno tiene de sí mismo.

Este cambio en el posicionamiento me implicaba una ampliación de la teoría y

metodología tradicional y provocaba una reconsideración en la práctica de algunos conceptos fundamentales que aunque se originaron dentro de una orientación intrapsíquica, los situaba en un lugar diferente (interacción, intersubjetividad, espontaneidad, más tarde mutualidad).

Este giro me llevo a rescatar Kohut, Bowlby y otros autores post-kohutianos de la psicología del self, la formación grupal, etc. Para abordar la clínica infanto-juvenil, poniendo el acento en los estados afectivos del self, en la vivencia que el sujeto tiene de sí mismo y en relación con su grupo familiar y de referencia. Lo obvio, categorizado como trascendental por Daniel Stern, tuve la suerte de verlo en Sevilla y Barcelona, con *El mundo interpersonal del infante* y su *Constelación maternal*. Autor muy discutido por un sector de psicoanalistas. A mi me interesaba. Esto coincidía más con mi práctica, cohesiona más mi self profesional al sentirme más útil porque me podía permitir examinar y discriminar el material clínico. Peter Fonagy, con sus organizaciones del self, el self reflexivo y Lichtemberg con el modelo motivacional también me interesaron, y seguí de cerca el desarrollo del Enfoque Modular Transformacional.

Me sentía mas acorde con la posición de la lectura de la relación dual inicial donde existe un infante activo en la dependencia, interesado por la estimulación parental, siendo responsivo y proporcionando claves inteligibles para producir en el cuidador adulto el tipo de conducta óptima para su seguridad y desarrollo emocional. Al surgir el concepto de *bidireccionalidad* (Lyons-Ruth), desplazando el proceso a la influencia a la reciproca entre ambos, generando una estructura profunda de dialogo afectivo temprano infanto-parental, donde se plantea que se generan disociaciones que más tarde se convertirán en defensas intrapsíquicas. Entendía que estaba en una comprensión del material menos especulativa que en mis inicios.

Unos pocos maestros, importantes para mí me ayudaron a entender que el espacio potencial entre el analista y el paciente, donde tiene lugar la experiencia terapéutica, es de dos subjetividades, la del paciente y la del analista que se encuentran para crear una experiencia nueva. A mediados de los noventa las teorías del desarrollo me ayudaron a entender la plasticidad del cerebro y la memoria procedimental. A entender que no existe un solo inconciente homogéneo.

Esta posición fue clave para mi, buscaba espacios donde se investigara esta forma de trabajar, y desde el Grupo de Investigación de la Técnica Analítica (GRITA) pudimos formular un artículo nuestras inquietudes "*Reflexiones sobre la potencialidad transformadora de un Psicoanálisis Relacional*"

A lo largo de los años hemos trabajado autores como T. Ogden, M. Khan, C. Thompson, J. Greemberg, S. Mitchell, F. Lachmann, A. Modell, R.D. Stolorow, G. Atwood, D. Orange, E. Ghent, J. Puget, I. Berenstein, P. Aulagnier, N. Chodorow, J. Benjamín, Ramon Riera, Rosa Velasco. A muchos de ellos debo las reflexiones sobre mi Self profesional. Y estar atenta en mis intervenciones, entre otras cosas, a fracturas del reconocimiento, a tener en cuenta la tensión de *Afirmación-Reconocimiento*, a tener presente que no se convierta inconscientemente, a veces, en dominación y/o sumisión derivada de los principios teóricos que marcaban la relación analista-analizado.

REFERENCIAS

- Aburto. M. et al. (Colectivo Grita) (1999). La Subjetividad en la Técnica Analítica. Escucha en Acción. *Intersubjetivo*, 1 (1), 7-48.
- Aburto, M. Ávila, A. et al. (Colectivo Grita) (2007). La terceridad y el cambio según el psicoanálisis relacional. Breve vocabulario. *INTERPSIQUIS*. 2007

- Aron, L. (1996). *A meeting of minds. Mutuality in psychoanalysis*. New York: The Analytic Press.
- Aulagnier, P. (1988). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu. [original de 1975]
- Ávila-Espada, A. (1987). La Psicología Concreta de G. Politzer en la obra de Antonio Caparrós. *Clínica y Análisis Grupal*, 11 (43): 18-35.
- Ávila-Espada, A. (2005). Al cambio psíquico se accede por la relación. *Intersubjetivo*, 7 (2): 195-220.
- Ávila-Espada, A. (en prensa). La segunda oportunidad para el desarrollo, metáfora del proceso terapéutico en Winnicott. En la obra *Winnicott hoy: su presencia en la clínica actual*.
- Ávila-Espada, A. et al. (Colectivo Grita) (2002). Reflexiones sobre la potencialidad transformadora de un psicoanálisis relacional. *Intersubjetivo*, 4 (2), 155-192.
- Bacal, H.A. (Ed.) (1998). *Optimal responsiveness: How therapists heal their patients*, Northvale, NJ: Jason Aronson.
- Bacal, H.A. y Herzog, B. (2003). Specificity theory and optimal responsiveness. An Outline. *Psychoanalytic Psychology*, 20 (4), 635-648.
- Balint, M. (1982). *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*. Barcelona: Paidós [Original de 1967]
- Baranger, M y Baranger, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. En *Problemas del campo psicoanalítico* ed. W. Baranger y M. Baranger, Buenos Aires: Kargieman, 1969, pp. 129-164.
- Baranger, M y Baranger, W. (1964). El insight en la situación analítica. En *Problemas del campo psicoanalítico* ed. W. Baranger y M. Baranger, Buenos Aires: Kargieman, 1969, pp. 165-177.
- Baranger, M, Baranger, W. y Mom, J.(1982). Process and non-process in analytic work. *International Journal of Psycho-Analysis*, 64: 1-15.
- Bastos, A. et al. (Colectivo Grita). (2004). Escenas que conmueven: los pivotes del cambio. *Intersubjetivo*, 6 (1), 129-143.
- Bateson, G. (1971). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
- Bauleo, A. (comp.) (1973). *Vicisitudes de una relación. Ayer y hoy: un espectro de posiciones marxistas ante el psicoanálisis*. Buenos Aires: Granica.
- Beebe, B. y Lachmann, F. (1994). Representation and internalization in infancy: three principles of salience. *Psychoanal. Psychol.*, 11: 127-165.
- Beebe, B., Lachmann, F., y Jaffre, J. (1997). Mother-infant interaction structures and presymbolic self and object representations. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 133-182.
- Benjamin, J. (1988). *Los Lazos de Amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Benjamin, J. (1995) Recognition and destruction: An outline of intersubjectivity. En *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven: Yale University Press.
- Benjamin, L. (2004). Beyond doer and done to: an intersubjective view of thirdness, *The Psychoanalytic Quarterly*, 73 (1), 5-46. Traducción castellana en *Intersubjetivo*, 2004, 6 (1), 7-38.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Berke, J. (1980). *Aquí no me tuve que volver loca*. Madrid: Fundamentos.
- Bion, W.R. (1965). *Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento*. Buenos Aires: CEAL. [Original de 1959]
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una nueva técnica de las intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger, J. (1972). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós. [Orig. de 1963]
- Bollas, C. (1987). *The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known*. New York: Columbia Univ. Press.
- Boston Change Process Study Group (2002). Report III: Explicating the implicit. The Local level and the

- Microprocess of Change in the Analytic Situation. *International Journal of Psycho-Analysis*, 83: 1051-1062.
- Boston Change Process Study Group (2003). The “something more” than interpretation revisited: Slowness and co-creativity in the psychoanalytic encounter. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53 (3): 693-729. (BCPSG IV) [GRITA tiene una traducción castellana]
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss. Vol. II Separation*. New York: Basic Books. [v. castellana: Barcelona: Paidós]
- Bowlby, J. (1989). Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego. Buenos Aires: Paidós [original de 1988]
- Breger, L. (2001). *Sigmund Freud. El genio y sus sombras*. Barcelona: Javier Vergara Editor. [original de 2000]
- Caparros, A. y Caparros, N. (1976). *Psicología de la liberación*. Madrid: Fundamentos.
- Caparros, N. (1972). *Crisis de la familia: revolución del vivir*. Buenos Aires: Kargiemann.
- Caparros, N. (1981). *La construcción de la personalidad. Las psicopatías*. Madrid: Fundamentos.
- Caparros, N. (1992). *Psicopatología Analítico-Vincular*. 2 vols. Madrid: Quipú ed.
- Casement, P. (1985) *Aprender del Paciente*, Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- Casement, P. (1990) *Further Learning from the Patient*, London: Routledge.
- Castilla del Pino, C. (1966). *Un estudio sobre la depresión. Fundamentos de antropología dialéctica*. Barcelona: Península.
- Coderch, J. (1998) *La Interpretación*, Barcelona: Herder.
- Emde, R.N. (1988a). Development Terminable and Interminable-I Innate and Motivational. Origin and Factors from Infancy. *International Journal of Psycho-Analysis*, 69: 23-42.
- Emde, R.N. (1988b). Development Terminable and Interminable-II Recent Psychoanalytic Theory and Therapeutic Considerations. *International Journal of Psycho-Analysis*, 69: 283-296.
- Espinosa, S., García-Valdecasas, S., Pinto, J.M., Rodríguez-Sutil, C., Vivar, P., Aburto, M., Ávila, A. y Bastos, A. (Colectivo GRITA). (2005). Procesos de mutualidad y reconocimiento, *Intersubjetivo*, 7 (2): 180-194.
- Fairbairn, W.R.D. (1978). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé.
- Ferenczi, S. (1997) *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu [Original de 1932, ed. 1988]
- Fonagy, P. (2001). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Ed. Espaxs S.A., 2004.
- Freud, S. (1911). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. *Obras Completas*. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1985.
- Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *Obras Completas*. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1985.
- Fromm, E. (1947). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: paidós (orig. de 1941).
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 1, 108-135.
- Greenberg, J.R. y Mitchell, S.A. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Grindberg, L., Langer, M. y Rodríguez, E. (1957). *Psicoterapia del grupo: su enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Heimann, P. (1950). On counter-transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 21: 1-2.
- Hoffman I. Z. (1983). The patient as interpreter of the analyst's experience. En “*Relational Psychoanalysis. The emergence of a tradition*”. The Analytic Press. New York.
- Jiménez Avello, J. (1998). *Para leer a Ferenczi*, Madrid: Biblioteca Nueva-APM
- Jiménez Avello, J. (2006). *La isla de los sueños de Sándor Ferenczi*, Madrid: Biblioteca Nueva

- Kaës, R. (1977). *El aparato psíquico grupal*. Barcelona: Granica. [Original de 1972]
- Kernberg, O.F. (1976). *La teoría de las relaciones de objeto y el psicoanálisis clínico* Buenos Aires: Paidós, 1979.
- Kernberg, O.F. (1987). *Trastornos graves de la personalidad: Estrategias psicoterapéuticas*, México: El Manual Moderno.
- Kesselman, H. y Pavlovsky, E. (1989). *La multiplicación dramática*. Buenos Aires: Búsqueda.
- Khan, M. Masud. (1974). *La intimidad del Sí mismo*. Madrid: Saltés, 1980.
- Khan, M. Masud. (1983). *Locura y soledad*. Buenos Aires: Lugar editorial, 1991.
- Khan, M. Masud. (1988). *Cuando llegue la primavera. Tomas de conciencia en el psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Paidós, 1991.
- Killingmo, B. (1989). Conflict and Deficit: implications for technique. *International Journal of Psycho-Analysis*, 70: 65-79. [GRITA ha elaborado una nueva traducción castellana de este trabajo: Conflicto y Déficit: implicaciones para la técnica. *Documento de trabajo n° 7*, Madrid, 1998]
- Killingmo, B. (1995). Affirmation in Psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 76: 503-518. [GRITA ha elaborado una traducción castellana de este trabajo: La Afirmación en Psicoanálisis. *Documento de trabajo n° 8*, Madrid, 1998]
- Killingmo, B. (1997). The so-called rule of abstinence revisited. *The Scandinavian Psychoanalytic Review*, 20, 144-159. [Traducción castellana: Revisión de la denominada Regla de Abstinencia. *Intersubjetivo*, 1 (1) 65-78.
- Killingmo, B. (2000). Una perspectiva de escucha psicoanalítica en un tiempo de pluralismo. *Intersubjetivo*, 2 (1) 5-22.
- Kohut, H. (1977). *Análisis del Self*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.
- Kohut, H. (1980). *La Restauración del Sí Mismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Kohut, H. (1986). *¿Cómo cura el análisis?*. Buenos Aires: Paidós
- Kohut, H. (2002) *Los dos análisis del Sr. Z*. Barcelona: Herder.
- Kohut, H. y Wolf, E.S. (1978). The disorders of the self and their treatment. *Int. Journal of Psycho-Analysis*, 59, 414-425.
- Lachmann, F. & Beebe, B. (1996). Three principles of salience in the patient-analyst interaction. *Psychoanal. Psychol.*, 13: 1-22.
- Langer, M. et al. (1973). *Cuestionamos-1971. Plataforma y Documento. Ruptura con la A.P.A.* Buenos Aires: Granica.
- Lichtenberg, J.D., Lachmann, F.L. y Fosshage, J.F. (2002). *A Spirit of Inquiry: Communication in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Little, M. I. (1957). R. The analyst's total response to his patient's needs. *International Journal of Psycho-Analysis*, 38: 240-254. [GRITA ha elaborado una traducción castellana de este trabajo: R. La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente. *Documento de trabajo n° 5*, Madrid, 1997]
- Little, M. I. (1951). Counter-transference and the patient's response to it. *International Journal of Psycho-Analysis*, 32: 32-40. [GRITA ha elaborado una traducción castellana de este trabajo: La contratransferencia y la respuesta del paciente. *Documento de trabajo n° 4*, Madrid, 1997]
- Little, M. I. (1990) *Relato de mi análisis con Winnicott*, Buenos Aires: Lugar Editorial, 1995.
- Lyons-Ruth, K. (2000). El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional. *Aperturas Psicoanalíticas* n° 4. [orig. de 1999]
- Mahler, M. (1968) *Simbiosis humana: Las vicisitudes de la individuación*, Mexico: J. Moritz, 1972.
- Mahler, M y Furer, M. (1968). *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*. Nueva York: International University Press.
- Maroda, K. J. (1998). Enactment. *Psychoanal. Psychol.*, 15:517-535
- Marcuse, H. (1968). *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral.

- Mitchell, S. A. (1990). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: Una integración*. México: Siglo XXI. [Original de 1988]
- Mitchell, S.A. (1993). *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S.A. y Black, M.J. (2004). *Más allá de Freud: Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. Barcelona: Herder. [Original de 1995].
- Modell, A.H. (1984). *El psicoanálisis en un contexto nuevo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.
- Murray, H.A. et al. (1938). *Explorations in Personality*. New York: Oxford Universities Press.
- Nebbiosi, G. (2002). La mutualidad y el tema del reconocimiento en la Psicología del Self. *Intersubjetivo*, 4(2): 258-264.
- Ogden, T. (1989). *La matriz de la mente. Las relaciones de objeto y el diálogo psicoanalítico*. Madrid: Tecnipublicaciones. [original de 1986].
- Orange D. M., Atwood G., Stolorow R. (1997). *Working intersubjectively*. New York: The Analytic Press.
- Orange, D.M. (2001). From cartesian minds to experiential worlds in psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 18, 2, 287-302.
- Orange, D.M. (2002). Por qué el lenguaje es importante para el psicoanálisis. *Intersubjetivo*, 4, 2, 206-227.
- Pampliega de Quiroga, A. (1980). La concepción del sujeto en el pensamiento de Pichon-Rivière. *Clínica y Análisis Grupal*, 5, 24, 546-560.
- Pavlovsky, E. (1974). *Clínica Grupal*. Buenos Aires: Búsqueda.
- Pavlovsky, E. (1999). Historia de un espacio lúdico. *Intersubjetivo*, 2 (1): 229-257. [Orig. de 1980]
- Pichon Rivière, E. (1985). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión [original de 1979]
- Pichon Rivière, E. (1971). *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Tomo II. Buenos Aires: Galerna. [Reedición en Buenos Aires: Nueva Visión, 1977]
- Pichon-Rivière, E. (1956-57). *Del psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires: Galerna.
- Pichon-Rivière, E. (1975). El Proceso Grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I). Buenos Aires : Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E. (1980). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Politzer, G. (1969). *Crítica de los fundamentos de la Psicología*. Barcelona: Martínez Roca
- Racker, H. (1957). The meanings and uses of countertransferences. en *Transference and Countertransference*. London: Hogarth. (Versión castellana, *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, México: Paidós, 1990).
- Riera, R. (2001). Transformaciones en mi práctica personal. *Aperturas Psicoanalíticas* nº 8.
- Rizzolatti, G. y Sinigaglia, C. (2006). *Las neuronas espejo. Los mecanismos de la empatía emocional*. Barcelona: Paidós.
- Rodríguez Sutil, C. (1998). *El Cuerpo y la Mente. Una Antropología Wittgensteiniana*. Madrid : Biblioteca Nueva.
- Rodríguez Sutil, C. (2002). *Psicopatología psicoanalítica. Un enfoque vincular*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rogers, C. (1972). El proceso de convertirse en persona. Barcelona: Paidós.
- Rosenfeld, H. (1990). *Impasse e interpretación*. Madrid: Tecnipublicaciones. [orig. de 1987]
- Ruesch, J.R. y Bateson, G. (1965). *Comunicación: La matriz social de la Psiquiatría*. Buenos Aires: paidós. [orig. de 1951]
- Sandler, J. (1976). Countertransference and role-responsiveness. *International Review of Psycho-Analysis*, 3: 43-47.
- Steiner, J. (2000). Containment, Enactment And Communication. *Int. J. Psycho-Anal.*, 81:245-255
- Stern, D.N. (1985). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires. Paidós.

- Stern, D.N. (1994). *La constelación maternal*. Barcelona: Paidós
- Stolorow, R. D. y Atwood, G.E. (2004). *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder. [Original de 1992]
- Stolorow, R.D. (1997). Dynamic, dyadic, intersubjective systems: An evolving paradigm for psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 14, 337-346.
- Stolorow, R.D., Orange, D.M., y Atwood, G.E. (2001). Cartesian and post-Cartesian trends in relational psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 18, 468-484.
- Szasz, T.S. (1971). *La ética del psicoanálisis*. Madrid: Gredos.
- Sullivan, H.S. (1964). *La teoría interpersonal de la Psiquiatría*, Buenos Aires: Horme. [Original de 1953]
- Sullivan, H.S. (1953). *La teoría Interpersonal de la Psiquiatría*. Buenos Aires: Psique, 1964.
- Thomä, H. y Kächele, H. (1989) *Teoría y Práctica del Psicoanálisis. 2 Vols*, Barcelona, Herder. [Original de 1985]
- Winnicott, D. W. (1958) *Collected Papers: Through Paediatrics to Psycho-Analysis*. London: Tavistock. [Versión castellana: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona: Paidós, 1998]
- Winnicott, D.W. (1965) *The Maturation Process and the Facilitating Environment*. London: Hogarth. [versión castellana: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* Barcelona: Paidós, 1992].
- Winnicott, D.W. (1997). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa, 1997. [Original de 1971]
- Wittgenstein, L. (1945-49). *Philosophical Investigations*. Traducción inglesa de G.E.M. Anscombe; Oxford: Basil Blackwell, 1984. Edición bilingüe alemán-español de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines "Investigaciones Filosóficas"; Barcelona: Crítica, 1988.

NOTAS

¹ Parte de este trabajo ha sido presentado en versión inglesa en el Panel *Contributions of Latin-America and Spanish traditions on the use of the analyst's subjectivity in psychoanalysis and psychotherapy (New concepts rooted on oldest but vigorous models)* moderado por Ariel Liberman en la Conferencia 2007 de IARPP, celebrado en Atenas, Grecia, el 7 de Julio 2007.

² Miembros de IARPP y de su capítulo español (IARPP-España). Psicoterapeutas Psicoanalíticos. Miembros del INSTITUTO DE PSICOTERAPIA RELACIONAL (FEAP) y del Colectivo GRITA. Dirección de contacto: Centro ÁGORA RELACIONAL, c/ Alberto Aguilera, 10 – E.I-1º 28015-Madrid, España; correo electrónico: agora@psicoterapiarelacional.es

³ Publicado originalmente como capítulo: "Entwicklung, Bindung und Beziehung. Neue Konzepte zur Psychoanalyse", en Helmchen, Henn, Lauter y Sartorius (Eds.) *Psychiatrie der Gegenwart*. Berlín: Springer, 1996. Traducido y publicado con permiso en *Clínica y Análisis Grupal* 1997, nº 75, vol. 19 (2) pgs. 173-188.

⁴ GRITA: Grupo de Investigación de la Técnica Analítica (véase amplia información en el portal web: www.psicoterapiarelacional.es/grita)

⁵ International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy.